

Pasar consulta los lunes es un verdadero viacrucis. Se diría que los pacientes se hubieran estado confabulando durante el fin de semana, rumiando sus padecimientos odontológicos (el dolor, la trágica fractura incisal, la corona desprendida envuelta en un papelito) para transferírselos a él, como quien se descarga de un peso agobiante. Así desde que la clínica abre sus puertas, a las nueve en punto de la mañana. Y así desde hace más de treinta años “de impoluta trayectoria profesional”, según acredita la medalla de que le hicieron entrega el pasado sábado, con ocasión de la edad de retiro que acaba de cumplir.

El más madrugador de los pacientes es un veterano *del camino*, que recorre desenfadadamente hasta tomar asiento en el sillón, para abrir fuego mientras la enfermera le ajusta la servilleta-babero.

-Esto va como desde el principio. De mal en peor -recrimina, con la dicción ceceante a que le condena su prótesis.

El hombre es oficial de albañilería jubilado, con una frustrada vocación por la arquitectura de altos vuelos, que se lanza a describir lo que le ocurre a aquel cuerpo extraño cuando intenta aplicarle fuerzas masticatorias verticales o laterales. Masticar le es imposible, a su entender, porque “el plano de la izquierda está en pendiente, no es perpendicular a la plomada del paladar, y claro, eso resbala al triturar algo sólido”.

Él lo escucha -o hace como si lo escuchase- con cara -sólo con cara- de tomárselo muy en serio.

-El usuario de una prótesis completa no puede morder sólo con el frente anterior, Manuel -explica por enésima vez, con la profesional sonrisa de condescendencia que suele-. Ni con un solo lado. Al menos, aquellos alimentos de especial dureza.

-Sí, pero algo sólido tendría que comer, después de tres meses. ¡Vamos, digo yo...!

El dentista suspira, y para obviar discusiones se apresta a explorar el caso. O a hacer como si lo explorara. Pues tiene muy vista ya esta prótesis completa bimaxilar, que al cierre distien-

PRÓTESIS FALLIDA

(Una escena chejoviana)



Por Julián Granado

de los labios en aquella expresión simiesca. Todo, desde el mal día en que diera por buena una dimensión vertical que no lo era. De hecho, es como si a la apertura ambos artilugios pugnarán por salir despedidos. Él los toma al vuelo y los deposita en la bandeja, mientras el paciente se queda mirando con inquina y despecho esos dientes que nunca adoptará como “suyos”.

-¿Fe usté? Fe muefen...

El dentista toma un espéculo de la bandeja. Todo el instrumental está para renovar, piensa. ¿A cuánto se lo pagarían en ese soñado traspaso que le vendría como caído del cielo...? Pero bueno, viejo y todo, el espejo servirá para que el quisquilloso

cavidad oral, se imagina por un momento que hubiera aprobado el MIR en su día, y se encontrase ahora ante una barriga abierta. ¡Qué placer! Tanteando ristras de tripas en busca de secretas perforaciones, hurgando en los recovecos mesentéricos con unos dedos que serían los de un fino cirujano, y no los de un grosero dentista acostumbrados al tacto de los fórceps. En el santasanción de un quirófano, y no en la angustiada burbuja de este viejo gabinete dental.

Consciente de la inútil explotación de que es objeto, el albañil Manuel vuelve a la carga en cuanto puede.

-Lo que yo digo, don Pedro, es que a esto hay que darle una solución. Yo soy pensionista, como usted sabe. Le pagué la dentadura con mucho sacrificio, y ahora no me sirve. Vamos, que si me devuelve usted el dinero, por mí, ahí se la dejo...

-Y además, que es una vergüenza salir a comer con él a la calle, porque los dientes terminan en el plato la mitad de las veces.

Desde la silla de acompañante, el comentario de la esposa (una mujer emperifollada, de agría voz) hace al dentista envarar el cuello. Respira hondo, y lanza entonces la oferta sin pensárselo apenas.

-Miren lo que pasa... Usted, Manuel, carece de reborde alveolar suficiente para retener una prótesis convencional. Aunque se la repitiera, el problema persistiría. Lo que hay es que colocarle cuatro implantes, dos por arcada, para sujetársela.

-Ya podía usted haberlo dicho antes. Porque yo ahora no tengo dinero para eso...

-No es cuestión de dinero...

apenas -lo tranquiliza él-. Por tratarse de un caso tan especial, yo le cobraría únicamente el material. Muy poco, ya verá. El resto corre de mi cuenta.

El dentista siente como si su padre, albañil también, lo estuviese felicitando desde el cielo por su honrada decisión. Ya hará cuentas, a ver el acuerdo al que llega con el laboratorio, para que todo esto no le cueste demasiado. O para que las pérdidas sean enjugadas por el margen de beneficios, bien que exiguo, de la consulta. ¿Por qué, en lugar de enriquecerse como tantos otros de sus compañeros, se resignaría él a vivir modestamente de esto? Modesta y honradamente, por supuesto. Y treinta años de honradez no pueden verse a la postre empañados por unos cuantos casos fracasados, como el presente. Ni hablar.

-¿Y esto de los tornillos tendrá garantía? -pregunta la esposa, desconfiada.

-¡Mujer! La garantía es la de mi nombre... -se compromete el dentista, en términos deliberadamente ambiguos.

Y vuelve a respirar aliviado, mientras ve salir a la pareja. Ahora, a rezar, y que haya hueso suficiente para implantar.

Sin darle tiempo siquiera a reponerse, entra sulfurada la paciente número dos, quejosa del número uno.

-¿Será aprovechado? ¿Pues no que se me ha colado? ¡Ese mal albañil! ¿Querrá usted creer, don Pedro, que después de que me alicatara el cuarto de baño, todos los días se me cae un azulejo? ¡Y el tío que no da la cara, con lo dura que la tiene!

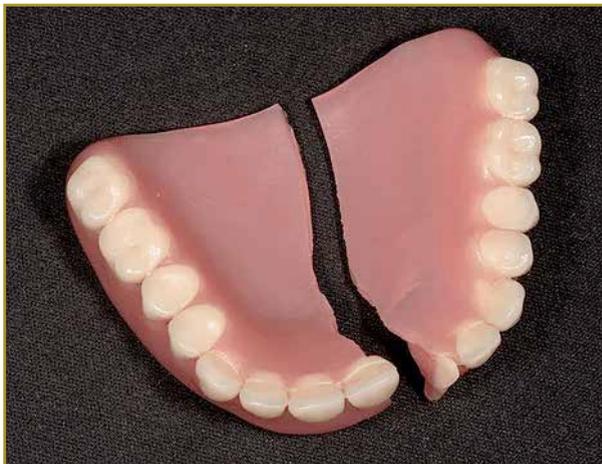
-Bueno, bueno... -sonríe el dentista-. No se haga mala sangre, y cuénteme qué le pasa, doña Elvira.

-Pues la muela de siempre, don Pedro. ¿Recuerda usted que me la endodonció hace dos meses, y me puso una funda de las caras?

-Sí, de zirconio. Lo recuerdo perfectamente -responde él, sin mirar siquiera la ficha.

-Pues que me está doliendo, don Pedro. Y a rabiar. Vamos, que no veía la hora de que llegara el lunes para venir a la consulta. ¡Qué raro que me duela tanto, verdad? Porque digo yo que este trabajo que usted me hizo..., tendrá su garantía, ¿no?

Julián Granado es médico estomatólogo y escritor.



Manuel cierre la boca un rato. O la abra lo justo para permitirle repasar aquellas aplanadas encías que se conoce de memoria. Por lo menos, de ese defecto físico no tiene la culpa este torpe paciente, incapaz de dejarse retruir la mandíbula hasta céntrica cuando se lo pidió, en aquel mal día del registro oclusal. “Si ha mordido así una vez, que muerda ya igual toda la vida”, decía su maestro de la Escuela de Estomatología, un cínico redomado y chulesco, a más de famoso dentista de la capital.

Mientras se abisma en aquella